

RAFAEL MAYA, *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*.—
Bogotá, Librería Voluntad, S. A., 1944. 146 pp.

De las prensas editoriales del país han salido recientemente tres obras de denso contenido, todas ellas debidas a la pluma de autores colombianos, a saber: *La patria y yo* de Juan Lozano y Lozano, *Bagatelas* de Hernando Téllez y *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* del maestro Rafael Maya.

De la generación que acompañó al insuperable Valencia en sus grandes empresas literarias, fué Maya la figura más distinguida y, a la muerte de aquél, sus méritos se pusieron de relieve en tal forma, que su nombre constituye en la actualidad una de las más altas cumbres de las letras colombianas.

Cuando Maya nos entregó, en dos preciosos volúmenes, sus *Alabanzas del hombre y de la tierra* (1943), en nosotros se avivó un fervoroso entusiasmo para solicitar al erudito literato esas mismas figuras que fueran por él tan generosamente ensalzadas. Porque debemos advertir que en esta obra palpita una tendencia meramente panegirista, desbrozada por completo de toda sugerencia crítica, llegando el lector muchas veces, al recorrer sus brillantes páginas, a perder la noción del hombre, es decir, del poeta de "residencia en la tierra", ante la cautivadora fantasía de la obra de aquellos nobles liridas que en ella estudia y presenta Maya.

Nosotros hemos creído siempre que el grado superlativo de una obra sólo puede medirse estableciendo un paralelo entre lo humano, hombre, y lo divino, espíritu. De ahí que en esas alabanzas que nos ofreciera Maya solamente hayamos podido gozar de las voluptuosidades de una prosa y un contenido sobremanera refinados, pero no pudimos formarnos un juicio cierto sobre aquellas figuras, puesto que eran vistas desde un ángulo puramente encomiástico, si es que se nos permite la expresión.

Por ello precisamente nació nuestra desazón hacia aquella obra, y nuestra impaciencia para que el escritor nos ofreciera el libro que motiva este comentario, el cual consideramos nosotros como el indispensable complemento a sus alabanzas, formando así estas dos obras un verdadero estudio panegírico-crítico, que nos muestra las dos facetas, lo grande y lo pequeño, de multitud de figuras de nuestras letras.

Cuando tuvimos noticia de la aparición de *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*, nos apresuramos a leerla, y aunque muy antes de haber logrado tal cosa una copiosa crítica nos presentaba un

Rafael Maya desfigurado y parcial, hubimos de sustraernos a la influencia de ella, en espera de formarnos un concepto básico después de conocer la obra. Pero he aquí que luego de recorrer las páginas que la integran, nos encontramos, muy a nuestro pesar, en la obligación de dar crédito a aquella crítica, que ciertamente no anduvo ligera al estampar afirmaciones que, para el lector desprevenido, pudieran resultar un tanto escandalosas y desabrochadas.

Dejando de lado multitud de apreciaciones que, hechas por el maestro Maya, se nos antojan un tanto absurdas, esto es, como si obedecieran a un obcecado sectarismo, nosotros pensamos que en la parte en que el ilustre escritor anduvo más desafortunado, fué en la deliberada exclusión de los poetas actuales que, vilipendiados o aplaudidos, exhiben en su obra suficiente materia para una crítica.

Características son también, en este libro, las elusiones — apunta uno de sus más acertados críticos. Y prosigue: Nada se dice sobre los escritores vivos. Bien porque a su juicio no valen la pena, o por evitarse la molestia de decir verdades amargas, o reticentes elogios a quienes tienen todavía oídos para oír y plumas para escribir. Este silencio deja trunca la empresa. La labor del crítico no puede ser meramente histórica. Cuando se pretende orientar una literatura o imponer un plantel de ideas, no se puede pensar en las fluctuaciones de la cordialidad de los contemporáneos. Ni callar respecto a los escritores jóvenes que, buenos o malos, son el único pulso seguro para registrar la grandeza o decadencia de una literatura. La vitalidad de un árbol la proclaman los más nuevos retoños, no las estáticas rugosidades del tronco.

En tratándose de cuestiones críticas, la sinceridad y la responsabilidad son cosas necesarias. George Bernard Shaw ya lo ha dicho: "La seguridad en las afirmaciones es el alpha y la omega del estilo." No pretendemos decir con ello que las apreciaciones hechas por el maestro Maya en esta obra carezcan de honradez y de firmeza, pero, a la verdad, siendo ese su modo de ver, respetando su muy autorizada opinión, nos permitimos disentir de sus lucubraciones. Por lo demás, el libro está escrito en estilo impecable, y a su delicada factura intelectual se aúna su pulcra presentación tipográfica.

JOSÉ GUERRA,
Medellín.